

Compatibilidad o Contradicciones Relativas

Alianza de Elites México-EU

- ★ Lo Sorprendente es que no se Sellara Antes
- ★ Nos Separaba el Alineamiento al Tercer Mundo
- ★ Inestable Toda Asociación Entre Desiguales

LORENZO MEYER

Medio gabinete del gobierno de Estados Unidos se trasladó a la ciudad de México el 6 y 7 de este mes para entrevistarse con el Presidente mexicano y con sus contrapartes en el gabinete salinista en el ámbito de la VII Reunión Binacional México-Estados Unidos; su objetivo inmediato fue preparar el próximo encuentro Salinas-Bush.

El objetivo más profundo de los distinguidos visitantes fue apoyar el proyecto global de gobierno de Carlos Salinas, en particular su disposición a modificar sustancialmente la relación oficial de México con su vecino del norte. Tras la visita de los VIPs estadounidenses quedó claro que ahora sí va en serio el acuerdo fundamental entre las élites de México y la potencia dominante de nuestra región, Estados Unidos.

Desde que México estableció relaciones diplomáticas con Estados Unidos a principios del siglo XIX, sólo en otras cuatro ocasiones México y su vecino del norte han buscado y logrado establecer una relación basada en la compatibilidad básica entre los intereses nacionales de los dos países. La primera ocasión fue, quizá, cuando Juárez y el gobierno de Washington se

identificaron plenamente en su oposición a la presencia francesa en México. La segunda tuvo lugar en el momento de madures del largo periodo de gobierno encabezado por Porfirio Díaz. Entonces se complementaron la relativa disponibilidad de capital en Estados Unidos para invertir en México y la necesidad porfiriana de obtener capital y tecnología extranjera para el desarrollo de las explotaciones de las minas, los ferrocarriles y la generación de energía eléctrica, la agricultura comercial y el petróleo mexicano.

La tercera ocasión en que los intereses al norte y al sur del río Bravo se encontraron dentro de un espíritu de compatibilidad, fue al final del cuatrienio del general Plutarco Elías Calles. El llamado "acuerdo Morrow-Calles" de 1927 no sólo resolvió de manera pragmática las diferencias entre Washington y México en torno de la legislación petrolera, sino que fue más lejos y buscó incorporar definitivamente a la Revolución mexicana al subsistema internacional encabezado por Estados Unidos. La expulsión de Calles del país en 1935 por Lázaro Cárdenas, volvió a poner en la mesa de las discusiones la verdadera naturaleza de la relación mexicano-norteamericana. La segunda Guerra Mundial y la alianza formada entre México y Estados Unidos en el combate contra el Eje Berlín-Roma-Tokio, revivió y revalorizó el entendimiento entre los dos países.

Sin embargo, el interés —a obsesión— estadounidense por dirigir las energías políticas del mundo occidental contra la supuesta amenaza comunista al concluir los años cuarenta, llevaron a que muy rápidamente México tomara distancia respecto de la política internacional norteamericana y finalmente se protegiera con un aislamiento relativo respecto del mundo exterior, sustentado en una política de desarrollo económico basado en el crecimiento del mercado interno y en la sustitución de importaciones. Esta política de independencia relativa frente a Estados Unidos funcionó mientras la política económica impulsada por el gobierno tuvo éxito, pero a partir de 1962 perdió su viabilidad.

El objetivo de la política bilateral mexicana-norteamericana que se acaba de describir, se cumplió plenamente en la libertad de México y en Washington, consiste en poner definitivamente el acento en aquellos elementos en que el interés nacional de cada uno de los dos países, resulta compatible y complementario con el del otro. La otra cara de la moneda consiste en minimizar

aquellas áreas de la relación en que el elemento dominante es la contradicción o incluso el conflicto.

La compatibilidad o contradicción entre los intereses de México y Estados Unidos hoy o en el pasado tiene un claro objetivo final y definitivo. Al contrario, se trata de elementos muy relativos, que dependen de la época y de cómo definan los respectivos intereses nacionales los grupos que controlan el poder político al norte y al sur del río Bravo. Desde esta perspectiva, resulta que, como lo acabamos de ver, el gobierno presidido por Carlos Salinas ha declarado que tal y como él entiende el interés de México, éste es básicamente compatible con un acercamiento económico y político mayor con Estados Unidos. Aparentemente el gobierno de Estados Unidos sostiene el mismo punto de vista.

En realidad, lo que debería llamar nuestra atención no es esta decisión de los gobiernos de México y Estados Unidos de minimizar sus diferencias en áreas como Centroamérica, narcotráfico, migración y, sobre todo, deuda externa, y enfatizar en cambio la complementariedad en materia de comercio e inversión directa. Lo sorprendente, insisto, es que el acuerdo no se haya logrado antes, pues, las bases objetivas surgieron desde 1962, con la crisis de la economía mexicana que destruyó las bases materiales de la independencia relativa mexicana.

Las bases objetivas de esta relación México-Washington que se ha llamado con la crisis a México de algunos de los más cercanos colaboradores del Presidente Bush, lo constituye el nuevo enfoque que se tiene sobre las posibilidades de crecimiento futuro y de largo plazo de las economías mexicana y norteamericana. Ahora que toda la energía gubernamental en México se dirige a hacer de las exportaciones la gran balanza para lanzar hacia adelante el crecimiento industrial, es de importancia fundamental quitar todas las trabas que puedan impedir la entrada de capital privado norteamericano a México y la entrada de productos mexicanos a lo que es, en realidad, su principal mercado potencial: el norteamericano. Una de esas trabas era la mala voluntad que hasta no hace mucho se descubría en Washington hacia las empresas norteamericanas y en ciertos sectores del Congreso y de los medios de comunicación de ese país hacia el gobierno mexicano.

La trilateralidad de los dirigentes norteamericanos en relación a los mexicanos, se deba a la insistencia de estos últimos por participar

—e incluso encausar— en acciones de países del Tercer Mundo o del subdesarrollado encaminadas a intentar forzar a Estados Unidos y a sus aliados industrializados a dar un mejor trato a la generalidad de los países periféricos. Eso sucedió durante los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo. Luego, tanto López Portillo como Miguel de la Madrid se opusieron varias veces a las acciones intervencionistas de Estados Unidos en Centroamérica. Y todo ello pese a que Washington había definido ya su acción centroamericana como prioritaria para su seguridad nacional.

★ Cuando Ronald Reagan decidió que la drogadicción era el problema social número uno de Estados Unidos, el gobierno de Miguel de la Madrid no puso el empeño deseado por las autoridades norteamericanas para erradicar la complicidad entre ciertas autoridades policíacas y militares de México con los narcotraficantes internacionales que han hecho de nuestro país un centro de producción o de distribución internacional de la droga. Sólo tres fuertes presiones norteamericanas, la acción gubernamental se dirigió contra algunos de los grandes comercializadores de la droga, es decir, contra personajes como Rafael Caro Quintero o Ernesto Fonseca. Sin embargo, ninguno de los protectores y cómplices importantes de narcotraficantes dentro del gobierno delamiridista fue castigado.

★ Fue por hechos como los anteriores, que la relación entre México y Estados Unidos en el sexenio pasado tuvo un carácter ligeramente esquizofrénico. Por un lado las burocracias norteamericanas responsables de las finanzas y el comercio mostraron entusiasmo por la política económica neoliberal delamiridista y por su esfuerzo por pagar puntualmente los intereses de una deuda enorme y en crecimiento. Sin embargo, por otro lado, las agencias encargadas de combatir a los sandinistas o a los narcotraficantes, se mostraron muy críticas del gobierno mexicano.

El equipo presidencial que tomó el poder en diciembre del año pasado decidió que era indispensable no retrasar un arreglo de fondo con Estados Unidos. Un acuerdo, que aliviaría la carga de la deuda externa y permitiría el pleno acceso al mercado estadounidense a nuestras mercancías y abriera las áreas de las grandes corporaciones del país del norte a nuestras demandas de inversión externa directa. Para acabar con las incongruencias del pasado inmediato, las autoridades mexicanas de-

bidieron colaborar estrechamente con el Departamento del Tesoro de Estados Unidos para que México fuera el campo de prueba del llamado Plan Brady para la solución del problema de la deuda externa de los países periféricos. Por otra parte, el gobierno de Salinas modificó su definición del principio de no intervención para impedir que éste llevara a un nuevo choque con Estados Unidos a causa de la defensa de un dictador sinvergüenza como es el general panameño Manuel Noriega. Finalmente, las autoridades mexicanas escalaron su acción en contra del narcotráfico.

Por consiguiente, creo que conviene tener en cuenta dos puntos. Por un lado, el acercamiento a, y el avance en la integración económica de México con, Estados Unidos, es una política bien vista en importantes círculos empresariales mexicanos. Pero no sólo eso, una gran parte de la clase media ha sido, desde hace tiempo, admiradora de los valores y formas de vida estadounidense. Muy probablemente esos sectores medios son ya o se transformarán pronto en partidarios decididos de una nueva política de mayor interdependencia (que, en nuestro caso, es otra forma de llamarle a la dependencia) respecto de Estados Unidos si, como consecuencia de ella, su nivel de vida pareciera o realmente mejorara. Y, finalmente, muy posiblemente esa sea también la actitud de las clases populares; ellas no están tan identificadas con los valores estadounidenses, pero de su seno hace tiempo que salen anualmente millones de personas que buscan una integración individual y directa con Estados Unidos mediante la emigración ilegal como única manera de dar solución a su problemática personal de supervivencia en un medio cada vez más hostil.

Ahora bien, que el gobierno mexicano decida poner la cabeza de sus prioridades en la relación con Estados Unidos el aspecto positivo—intercambio comercial e inversión y tecnología estadounidense en México—no quiere decir que los aspectos contradictorios de la relación desaparezcan, México, como sociedad, sigue y seguirá funcionando como periferia de Estados Unidos, sacrificándose hoy en grande para enviar miles de millones de dólares que los bancos estadounidenses demandan para cubrir los compromisos de una deuda que, pese a la negociación y al aplazamiento, sigue siendo, más grande de lo que sería adecuado para que México pudiera avanzar en la medida en que lo requieren sus demandas sociales. Los recursos naturales escasos de México, como el petróleo, se van diariamente a surtir requerimientos de la economía estadounidense y quizá

no está ya muy lejos el momento, en que sea evidente que se está haciendo un esfuerzo que se agotará pronto, se necesitará para cubrir la demanda interna de mañana.

México, por el enorme diferencial de salario, entre México y Estados Unidos, sigue enviando al norte del río Bravo una parte de su mano de obra joven y emprendedor, y que fue sostenida por la sociedad mexicana en su etapa no productiva. Sin embargo, hay un grupo importante de intereses estadounidenses que exigen el cierre efectivo—incluso por medios militares—de la frontera mexicana-norteamericana para que ese flujo disminuya o cese del todo, pues, dicen, resulta una carga para la economía estadounidense y una amenaza para la preservación de su cultura. Cuando el ciclo de expansión económica norteamericana termine—y ello es inevitable, y desafortunadamente quizá sea más pronto que tarde—las presiones en contra de la presencia de los indocumentados mexicanos van a aumentar y, lo que es aún peor, el mercado de ese gran país se va a contraer y va a afectar de manera inmediata y negativa a las exportaciones manufactureras de México. Pero no sólo eso, sino que cuando esa recesión ocurra, las presiones internas estadounidenses en favor de políticas proteccionistas van a chocar irremediablemente con los deseos mexicanos de mantener e incrementar la libertad del flujo de mercancías que se mueven del sur al norte.

En fin, la contradicción básica, la que se da en prácticamente toda asociación entre desiguales, se mantendrá independientemente del "espíritu de Houston" o de cualquier otra cosa que le sustituya. Sin embargo, y por el momento, la atención de un buen número de los actores políticos mexicanos se encuentra centrada en las posibilidades de reiniciar el crecimiento económico como producto de la nueva relación de nuestro país con su gran vecino del norte. Pero todos los esfuerzos anteriores por basar la relación México-Estados Unidos en la complementariedad de sus intereses resultaron ser procesos que no arraigaron. El actual desde luego, podría ser la excepción, pero las posibilidades de un mayor éxito que simplemente se basen sólo en el principio de un nuevo ciclo de acercamiento y posterior alejamiento. En cualquier caso, debemos examinar a fondo las dos posibilidades. Y tenemos tiempo, pues todo indica que por lo pronto Estados Unidos está dispuesto a ser uno de los apoyos fundamentales del actual sexenio mexicano.